

## JOSE DE MAISTRE EN ESPAÑA

¶No puede negarse que existe un mundo de afinidades y simpatías intelectuales que nace por coincidencias en la formación del espíritu y en las tendencias imperiosas que modelan el carácter. A veces, nuestro núcleo individual más íntimo siente una moción muy viva que le lleva a la admiración y aun al afecto hacia los hombres que en la ciencia, el arte o las letras están inclusive en las antípodas de nuestras convicciones más caras. Quiere decirse que humanamente nos sentimos atraídos por nuestro hermano el hombre Z, lejano acaso de mí por su concepción del mundo y de la vida, pero muy a mi vera, v. g., por la forma de entregarse a los dictados de su deber o por mil otras afinidades cuya delicada biografía sólo son capaces de conocer y de escribir sutiles profesores de psicología o finísimos maestros del arte psicológico narrativo.

En el caso de José de Maistre, gran nombre de las letras y del pensamiento, se explica perfectamente el fervor con que pueda practicarse el culto a su figura intelectual. Ciertamente que no menos explicable es la aversión que ha suscitado. Su forma más grave es, aquí como siempre, el silencio obstinado. Pero no hay duda: De Maistre despertó y despierta simpatías vehementes. Su condición noble no hacía más que reflejar la nobleza de su espíritu; era la expresión social y externa de su nobilísima manera de ser. Nobleza obliga. El conde José de Maistre debía de saberlo muy bien. Su vida tiene esa dignidad suprema que otorga a una existencia el cumplimiento exacto de los más ásperos deberes. Y esto basta para explicarse que la admiración que pueda suscitar su inteligencia se vea acrecentada a causa del atractivo de su conducta. Cuando veamos a un hombre distante de él descubrirse ante su figura, pensemos, sí, en motivos de orden ético. ¿Pero sólo en ellos? De ningún modo. La inteligencia de De Maistre era clara y poderosa. Es un clásico de las letras francesas. Tuvieron, tienen y tendrán valor sus doctrinas; lo tendrá siempre su estilo. Luego dedicaré unas líneas a este punto. Ahora afirmo que De Maistre es un escritor vigo-

roso de fondo y forma: y es ésta una razón que bastaría para justificar muchas devociones.

Conducta y talento a un lado, hay todavía una causa que explica, más que el influjo de De Maistre, más que su ascendencia doctrinal, los varios matices de la estimación que en opuestos campos se le profesa. Aludo a su salud. Hay escritores sanos y escritores enfermos, como hay hombres saludables y hombres enfermizos. Dudo que muchos cultivadores de las letras se parezcan tanto como De Maistre a uno de esos mozancones que venden fortaleza. Al leerle se nos asocia la idea de la pujanza juvenil, del vigor sumo. El hombre es animal político, y De Maistre tiene un organismo robusto que respira como las naturalezas atléticas mejor dotadas. Produce la impresión de una fuerza saludable: es grande y recio, tiene musculatura, pisa fuerte, habla alto, no se fatiga nunca... Pues bien: todo este tesoro de energía, de virilidad y de salud, atrae poderosamente después de tantas piéyades de escritores morfinómanos, dolientes, enfermos.

## I

Estas reflexiones vienen a la mente leyendo, por ejemplo, las palabras que en algunos pasajes de sus obras dedica a De Maistre escritor tan distante de él como Unamuno.

Trato de esbozar el eco que el autor de las *Vevidas* despertó en España; recojo en estas notas algunas impresiones de escritores españoles acerca de José de Maistre. Su voz fué siempre bien acogida. Y semejante acogimiento se mueve en la órbita arriba descrita: oscila entre la simpatía puramente humana y la comunión en unos mismos principios; y suele ser un fenómeno afectivo informado por sentimientos de complacencia. De suerte que lo mismo en los que comulgan en el credo De Maistre que en quien no lo acepta, se advierte una vibración intensa ante el gran escritor, una como onda cordial que traducida a un lenguaje expreso y familiar podría cifrarse así: "¡Qué hombre tan magnífico este De Maistre!" En suma: emoción humana.

Unámuno no reprime nunca la simpatía que siente hacia De Maistre. La dice y la repite; se complace en insistir en ella. Veamos:

“José de Maistre, aquel poderoso genio saboyano, uno de los hombres de mayor capacidad para la paradoja —y esto implica muchísimo más de lo que se figuran muchos—...” (1).

Otra vez, comentando a San Agustín y a Tertuliano —cuyo *credo quia absurdum* le arrebató—, termina así: “¡Cuán lejos del *il faut s'abêtir*, de Pascal, y de aquel “la razón humana ama lo absurdo”, de nuestro Donoso Cortés, que debió de aprenderlo del gran José de Maistre!” (2). Y en seguida, líneas más abajo: “...aquí, como en tantas otras cosas, dió la fórmula suprema aquel gran católico del catolicismo popular y vital, el conde José de Maistre...” (3).

Ya en las postrimerías de la obra, se encuentran estas palabras: “los españoles deberíamos apropiarnos no poco de aquellos sabios consejos que a los rusos, nuestros semejantes, dirigía el conde José de Maistre en aquellas sus admirables cartas al conde de Rasoumowski sobre la educación pública en Rusia...” (4).

Unamuno admira a De Maistre, habitante de un mundo espiritual remotísimo del suyo: de un mundo ortodoxo, romano, jerárquico, papista; de un mundo donde toda verdad religiosa es también una verdad social: una ley del universo. Le admira, sin duda, por su pujanza, por su fuerza, por su actitud batalladora y viril; por su capacidad para la paradoja.

## II

En un campo de idénticas creencias religiosas y de coincidencias en muchos otros puntos —sociales, históricos, filosóficos y hasta políticos— que no atañen directamente a la Teología, encontramos a algunos escritores principales que encomian a De Maistre.

El primero de ellos, D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Sus *Heterodoxos* tienen, en la edición príncipe, tres volúmenes. El último, aparecido en 1881, lleva un briosísimo prefacio, lleno de

(1) *Soliloquios y conversaciones: El Pedestal*, pág. 113.

(2) *Sent. trág. de la vida*, cap. IV.

(3) *Sent. trág. de la vida*, cap. IV.

(4) *Sent. trág. de la vida*, Conclusión.

arranque juvenil, donde se bosqueja una historia del pensamiento desde el Renacimiento hasta el Positivismo. Cosas inolvidables contienen estas páginas; entre otras, el felicísimo retrato de Rousseau y el inmortal de Voltaire. Justo y supremo elogio de este último sería decir que no desmerece al lado del que, sublimando la invectiva, trazó el propio De Maistre en la cuarta *Ve-lada*. Nada parecido a entrambos juicios se ha escrito sobre Voltaire: ni aun la página de Carlyle en su *Historia de la Revolución francesa*.

Notemos, asimismo, por vía de curiosidad, una alusión de valor histórico, diríamos, al filósofo Main de Biran —“pensador enérgico y solitario”—; alusión repetida, años más tarde, en otro pasaje de D. Marcelino, que anticipaba así cierta selecta boga alcanzada hoy en España por el metafísico francés merced a los buenos oficios de Ortega y Gasset (5).

Viniendo por fin al juicio sobre De Maistre, hay que referirse principalmente a sendos lugares de las *Ideas estéticas* y de los *Heterodoxos*. En éstos, lamenta el autor el menoscabo a que habían llegado los estudios serios, hasta el punto de que los mismos apologistas adolecían de tal defecto. Así, claro es, Chateaubriand, con su catolicismo estético, entonado y sentimental; pero así, también, José de Maistre, “escritor poderosísimo entre los más elocuentes de este siglo, impugnador vigoroso y contundente del error, pero débil en la exposición de su propia filosofía, como quien tiene tendencias o impulsos más bien que ideas claras y definidas; admirable cuando destrozó a Platón, a Locke y a Voltaire, y en ellos el espíritu del siglo XVIII, pero no tan admirable ni tan original en sus consideraciones sobre la Revolución francesa o en las teorías de la expiación, calcadas sobre las del teósofo Saint Martin” (6).

Aun hecho el reparo a las consideraciones sobre la Revolución francesa, queda en pie la semejanza, por no decir identidad, del francés y del español en sus respectivos juicios del siglo XVIII. Porque, páginas antes de estampar las palabras transcritas, Me-

(5) “Único metafísico de verdad que produjo Francia en toda la primera mitad de nuestro siglo...” (*Ideas estéticas*, t. VIII, pág. 141. Madrid, 1927.)

(6) *Heterodoxos* (1.<sup>a</sup> ed.), III, 20.

néndez Pelayo había escrito que el tal siglo fué “el más perverso y amotinado contra Dios que hay en la Historia”. Y De Maistre, a su vez, había dicho: “Aunque hubo siempre impíos, jamás había tenido lugar antes del siglo XVIII y en el seno del Cristianismo una insurrección contra Dios; jamás, sobre todo, se había visto una conspiración sacrílega de todos los talentos contra su Autor...”

En el otro pasaje a que me refería, se descarga a De Maistre del calificativo filosófico de tradicionalista, que suele dársele en compañía de Bonald y Lamennais. Su tendencia filosófica, dice D. Marcelino, “es más idealista y un tanto platónica y de todas suertes menos resabiada del espíritu sensualista del siglo pasado...” (7).

### III

Abramos ahora la *Historia de la Filosofía*, del Cardenal Zeferino González. Estudia nuestro dominico el pensamiento de José de Maistre, “cuyos escritos, dice, contribuyeron poderosamente al movimiento de restauración cristiana, especialmente en el terreno religioso y político-social”. Cree Fray Zeferino que “lo que caracteriza y distingue los escritos de De Maistre, es la espontaneidad original y propia del genio”. A su juicio, no se trata de un filósofo en el sentido propio de la palabra, sino de un pensador profundamente cristiano que ha sembrado sus bienhechores escritos de ideas de esta índole. Tan es así, que su tesis capital, su idea madre, es la restauración del principio divino, “la reencarnación, si se permite la palabra, de Dios y del principio católico en el hombre en todas sus esferas: en la esfera religiosa y en la esfera moral, en la esfera filosófica y en la esfera científica, en la esfera social y en la esfera política”.

Por otra parte, el Cardenal González pone a De Maistre dos reparos: encuentra un tanto vagá su doctrina sobre el origen del lenguaje, de gran afinidad con la de Bonald, aunque no entre en el campo esencialmente tradicionalista de éste; y estima defectuosa su erudición escolástica, pues el autor de *Des Pape* cita

(7) *Id. est.*, VIII, 142.

a Santo Tomás con inexactitud y hasta trabuca a veces sus términos.

Desde el punto de vista de la doctrina política es interesante una observación del dominico español: De Maistre, generalmente considerado como partidario de la Monarquía absoluta, "no es tan absolutista como indican sus frases, que suelen a veces ir más lejos que sus pensamientos". Estudiando sobre todo sus escritos póstumos, en especial algún pasaje del *Estudio sobre la soberanía*, encuentra el Cardenal González textos que abonan la hipótesis de que De Maistre "no rechazaba en absoluto la intervención gubernamental por parte de la nación..." (8).

#### IV

Harto distante de la elogiosa frialdad crítica que informa el estudio del Padre Zeferino, se encontrará el trabajo que en *La literatura francesa moderna* consagra a De Maistre doña Emilia Pardo Bazán. El ensayo tiene la brillantez y la energía que campean en las bucnas páginas de la viril condesa. Breve cuadro de fuertes pinceladas, respira admiración y simpatía por el gran francés. Su vida y su obra se contemplan con una sola mirada, en que una y otra se armonizan y casi se identifican. No háy en estas páginas el menor asomo de clasificación o de análisis paciente; la musa que las inspira es una ardiente ráfaga de entusiasmo. Entusiasmo por la posteridad moral de José de Maistre, por su figura patricia, de magnate cristiano. El supo hacer frente al dolor con maravillosa resignación y grandeza de ánimo; el grave acento de sus meditaciones, su dignidad altiva, la delicada ternura hacia sus hijos, su acrisolada lealtad monárquica, reflejan el poderío de los espíritus privilegiados. ¿Quién no se conmueve ante una vida así?

Pero, además, De Maistre es un gran escritor. Doña Emilia admira también la belleza de su prosa. Contrasta en este punto su juicio con el de algunos connacionales del autor juzgado. Lan-son, v. g., en su conocido manual de historia de la literatura francesa, opina del conde: "il n'a été qu'un philosophe ennemi des

(8) *Historia de la Filosofía*, IV, 370 y sigs.

philosophes, *dénué, comme ils le furent en général, de sens artistique...*" (9).

Nuestra dama sostiene todo lo contrario. De Maistre influyó más que Bonald, cabalmente, a su parecer, por la belleza con que acertó a vestir las ideas. "¿Cómo no ensalzar en De Maistre la belleza del estilo, ya caldeado por la elocuencia, ya sombríamente realista, ya sonoro y grave como tañido de campana, ya cortado y aforístico como los versículos del libro de los Jueces o de los Macabeos? ¿Quién sabrá lapidar la frase mejor que el hombre que contestó cuando le decían que Napoleón se proclamaba enviado del cielo: "Sí, como el rayo"!" (10).

Nada de precisiones, nada de sistema, de método científico, en suma, al hablar Emilia Pardo Bazán del conde de Maistre. El pensamiento de éste no lo vemos: lo rastreamos, lo columbramos sólo. Pero José de Maistre, pensador y hombre, sí está allí, glorioso y magnífico.

## V

De propósito he dejado para final los nombres de Balmes y Donoso. En ellos no encontramos sólo respeto o admiración, sino influencia. Influencia diversa, desde luego. Hablando con rigor habría que decir que José de Maistre en quien influye de verdad es en Donoso Cortés. Pues para que podamos apreciar influencia en el orden especulativo es preciso que un pensador acepte de otras doctrinas fundamentales, que eche a andar, en algunas de sus caminatas, por los mismos caminos, o al menos que se oriente por idéntica estrella. Por eso es cierta la influencia de De Maistre sobre Donoso. En cambio en Balmes encontramos sólo la huella particular de ayudas concretas. Razones y argumentos que le han impresionado por su vigor o brillantez —o por una y otra cosa a un tiempo— los trae en apoyo suyo cuando los estima eficaces.

La filosofía de Donoso guarda relación con el tradicionalismo y con De Maistre; la de Balmes, con la escuela escocesa, Leibnitz, Descartes y Santo Tomás.

(9) *Histoire de la littérature française*, pág. 910.

(10) *La lit. franc. mod. El Romanticismo*, pág. 56.

Balmes, pues, no recibe influencia propiamente dicha, pero da una impresión de entusiasmo ante De Maistre. No olvidemos que ambos fueron apologistas católicos. Por eso a Balmes le encantó el libro de De Maistre sobre el Papa y lo califica de "inmortal". Y traslada impresiones caldeadas, páginas elocuentes y briosas de la obra a las muy encendidas de su *Protestantismo*. Al examinar el valor de las formas políticas o al estudiar el papel del catolicismo en el desarrollo europeo y las relaciones entre libertad política y religión, allí están, en apoyo de sus razones, la densidad y la temperatura del conde de Maistre.

Y tras la coincidencia doctrinal, el vivo afecto. Porque merece leerse, por su valor amistoso, cordial y humano, la vindicación que de De Maistre hace Balmes con motivo de las imputaciones de que le hizo objeto el Sr. Torres Amat.

Con ejemplar sentido de solidaridad religiosa, con genuino instinto católico, esto es, universal, nuestro luchador ausetano baja al palenque armado de todas armas y tan dotado de vigor dialéctico como de sencilla y atrayente bondad. La verdad es que ese Sr. Torres Amat es un grandísimo enredador que a cada triquitraque saca al más santo de sus casillas con necedades como las que prodiga a cuento de la pureza dogmática del conde de Maistre, gladiador de Cristo y caballero sin tachá de su Iglesia. Por si no entraba en los arcanos del Señor confundir al impertinente, Balmes le tunde y le confunde sosegadamente con razones propias y ajenas, con textos irrefragables del mismo paciente y hasta con una carta... del Nuncio, que al airarse justamente por los ataques a De Maistre, debió de tener mucho que recordar —juzgando por su cólera medio contenida, medio suelta—, el *vascimini et nolite peccare* del salmista...

"...No podemos menos de repetir —concluye Balmes— que en vano se ha formado el empeño de desacreditar al conde de Maistre, ora acusándole de protestante, ora tachándole de iluso: el insigne escritor es respetado por todos los hombres capaces de apreciar su mérito aun cuando no profesen sus ideas; y nadie que haya leído sus obras puede poner en duda que estaba adherido de todo corazón a la Iglesia católica. Por lo tocante a la rectitud de sus intenciones, resalta tan vivamente en todas las pági-

nas de sus escritos, que desearíamos se abandonase el empeño de dejarle mal parado en la opinión de los lectores." (11).

¡Tiempos de vilipendio, pero tiempos áureos aquellos en que los espíritus se sentían tan estrechamente hermanados!

\* \* \*

Las relaciones y analogías de Donoso con De Maistre se echan de ver principalmente en el *Ensayo* y las ha puntualizado Edmundo Schramm en su obra sobre la vida y el pensamiento del exuberante orador.

Por de pronto, Donoso Cortés, de acuerdo en esto no sólo con De Maistre, sino también con Bonald, rechaza el racionalismo, oriundo de la Reforma y generador de la Revolución, fruto éste el más significativo de aquella actitud espiritual. La Revolución francesa fué para Donoso —que háce suyo el pensamiento de De Maistre— esencialmente depravada; fué sencillamente el triunfo del mal: un hecho "satánico" —rotundamente—, como dijo el francés, que la sufrió en su propia carne.

Donoso considera que, "fuera de las vías católicas", el hombre es un sér inutilizado. Para De Maistre el hombre sólo crea cuando está unido a Dios, cuando obra como instrumento de Dios. Uno de los temas más apasionantes en ambos es el del pecado y la gracia. El centro de gravedad de la especulación está para Donoso en el pecado; negar el pecado es desembocar en puro nihilismo. En De Maistre esta consecuencia es menos actual. La visión catastrófica de Donoso le lleva a postular la necesidad de la intervención divina para la salvación de la "civilización católica". Por ello, mientras ámbos son igualmente monárquicos y enemigos de la democracia, Donoso —para quien la Monarquía hereditaria es la única forma de Estado que corresponde a la "civilización católica"— tiene menos esperanzas que De Maistre en su restauración. Uno y otro ven que se aproxima la hora decisiva de la lucha final. Donoso la ve más acuciante que De Maistre. Esta proximidad le arrancó los mejores acentos de indignación, las imprecaciones más elocuentes contra el liberalismo bur-

(11) Vid. principalmente *El Protestantismo*, IV, 131 y sigs., 139 y 227, Y *Estudios apoloéticos*, 325, 331 y 387. Ed. de Obras completas.

gués y contra el socialismo de Proudhon. En especial contra el primero, que le inspiraba asco por estar mantenido por los indecisos, los tibios, aquellos justamente que por su origen social y espiritual debían haber visto claramente el porvenir. “Esta lucha es la grande y verdadera hazaña de Donoso. Ni De Maistre ni Bonald habían tanteado siquiera a este enemigo.” (12).

## VI

El esfuerzo dialéctico de De Maistre conserva hoy una gran parte de la vitalidad y lozanía de la época en que fué realizado. Muchas de sus afirmaciones, las aserciones fundamentales de su obra, siguen y seguirán siendo ciertas. Eran fértiles cuando salieron —como lava— de su pluma volcánica; lo serán inagotablemente en el futuro. Tanto, que si dijéramos que el mundo ganaría en felicidad y en belleza asintiendo a los postulados del clarividente saboyano, haríamos en verdad una profecía demasiado fácil.

De esta figura, que la zozobra de nuestros días vuelve a hacer actual, ha escrito Maurras una semblanza clásica, que será ahora el broche con que se cierran estas notas sobre la huella de José de Maistre en España:

“Este prepotente escritor —uno de los más pujantes de la lengua francesa— no guardó la menor relación ni tiene el menor parecido con nada vil. He aquí una de las razones de que haya empleado tanto tiempo —casi un siglo— en conquistar a los más. El vulgo puso un ardor singular en ignorarle.

“En verdad que los mediocres han hecho lo imposible por ahuyentar de él la atención, la curiosidad, el estudio. Se le ha llamado Profeta del Pasado: porque jamás cesó de recordar algunas leyes constitutivas del mundo. Se le trató de Vidente, queriendo motejarle de visionario: porque era previsor y clarividente. Le han hecho pasar por un místico. Y no era místico. Todas sus opiniones se fundaban —como las de ustedes y las mías— sobre la observación, la inducción y la deducción; pero observación de una fuerza y una agudeza profundas, inducción súbi-

(12) Schramm: *Donoso Cortés. Su vida y su pensamiento*, 281 y sigs.

"ta y brillante como el relámpago, deducción vigorosísima... Creo  
 "que Bonald le aventajaba en lógica: José de Maistre es, por la  
 "sagacidad, por el seguro y sutil instinto político, el primero de  
 "los pensadores que hayan razonado sobre las revoluciones de  
 "Francia y sobre el porvenir de Europa.

"Aquel espíritu justo que, viendo con implacable lucidez las  
 "más tristes, las más duras leyes de la vida, creía un deber con-  
 "fesar lo que veía, tal como lo veía, no tenía mal corazón. En José  
 "de Maistre no hay nada triste ni sectario; no era un vampiro.  
 "Dejaba la ferocidad, la dureza inclusive, a los *idólicios homicidas*  
 "de la Revolución: los Saint-Just, los Robespierre. Era un hom-  
 "bre íntegro, un magistrado entregado a su vocación, nutrido de  
 "lecturas, de maneras exquisitas, de trato aplomado y encanta-  
 "dor. Hizo la legítima apología del verdugo; pero nadie menos  
 "verdugo ni tirano que él con propios y extraños. Las cartas a  
 "su hija confirman todo lo que sus amigos cuentan de él; por  
 "poco que se le hubiese tratado, nadie abandonaba sin contrarie-  
 "dad su compañía: tan amable era él y tan auténtica su amistad.  
 "Era generoso y piadoso: era bueno. Sólo que pensaba que ni  
 "la bondad, ni la piedad, ni los dones de una naturaleza generosa  
 "constituyen las facultades de la inteligencia y de la razón. Estas  
 "razonan, comprenden, buscan la verdad con su espíritu; el co-  
 "razón nos ayudó a vivir, nos enseña a amar. Si invertís los pa-  
 "peles, ora porque no se quiera razonar sino con el corazón, ora  
 "porque no se quiera amar sino con la inteligencia, correréis el  
 "riesgo de ser detestables razonadores o amigos latosos...

"Así pensaba José de Maistre. Elevémosle un monumento.  
 "Pero procuremos, sobre todo, comprenderle y difundir su mé-  
 "todo." (13).

J. L. VÁZQUEZ DODERO.

---

(13) *Dictionnaire politique et critique*, III, 13.





